

La situación de Judá, después de la toma de Jerusalén, fue muy parecida a la de Israel después de la ruina de Samaria. Una circunstancia favorable a Judá estableció entre ambas situaciones una diferencia notable. Después de la toma de Samaria, el gobierno ninivita no se cuidó para nada de los israelitas numerosos que se quedaban en su país. Llevó colonos extranjeros que sólo continuaron débilmente la conciencia israelita. No sucedió lo mismo con Judá. Nabucodonosor dejó allí un gobernador caldeo que atendió a los asuntos del país y no tardó en confiarlos a un indígena. Además el gobierno de Babilonia no llevó colonos extranjeros a Judea. Así, Judá vencido sufrió las convulsiones del moribundo, mientras Israel vencido fue, en cierto modo, decapitado de una vez.

Los problemas para Nabuzaradán, el gobernador asirio, renacían diariamente. Los campos de Judá estaban llenos de partidas o cuerpos francos, compuestos en gran parte de hombres que habían salido con Sedecías. Los pietistas, contrarios a todo lo militar, fueron muy severos para

éstos. Nabuzaradán los persiguió y cogió a 745, que fueron deportados también.

Los conquistadores asirios y caldeos no solían dejar guarnición en los países vencidos. Los cuerpos de ejército que habían efectuado el sitio volvieron a su tierra.

Nabuzaradán, siguiendo la costumbre caldea de formar como unos gobiernos provisionales con los restos de los poderes suprimidos, buscó un jefe indígena y lo encontró en un tal Gedaliah, que pertenecía a una de las primeras familias del país, tal vez a la del rey. Era hombre moderado, quizás uno de los que, siguiendo los consejos de Jeremías, se habían pasado a los caldeos. Nabuzaradán le confió las hijas de Sedecías y varios depósitos importantes. Gedaliah o Godolías estableció el centro de su autoridad en Mispa, cerca de Jerusalén. Intentó atraer con la dulzura a sus compatriotas irritados; pero en general los exasperó y pasó por traidor. Muchos judíos que se habían refugiado antes del sitio en Moab, Amón y Edom, al conocer esta restauración, por mezquina que fuese, se agruparon junto a Godolías en Mispa y empezaron a cultivar el suelo. Pronto se le unió Jeremías.

Existieron dos versiones acerca de la manera de salvarse Jeremías del destierro. Según una, cuando Nabucodonosor tomó la ciudad, se acordó de que le había servido bien y mandó a sus generales que le protegieran. Le sacaron de la cárcel y lo confiaron a Godolías. Según otra versión, el anciano profeta fue llevado, cargado de cadenas, con los demás cautivos y, en Rama, al reconocerle Nabuzaradán lo envió con grandes miramientos a Mispa, confiándole a Godolías. Jeremías ayudó a éste en su ensayo de restauración, y ejerció entre el pueblo una especie de soberanía. El etiope Ebedmelek que había salvado la vida del profeta, fue también protegido por Jehová y ejerció de auxiliar del gobierno de Mispa.

Reinaba demasiada anarquía para que saliera bien este proyecto sensato. El grupo de Mispa, siempre fue poca cosa. Ismael, Iodahán y otros jefes de grupos nómadas que andaban por el campo, fueron a ver a Godolías, que quiso calmarlos, y les pidió que se dedicaran al trabajo y reconocieran la soberanía del rey de Babel. Ismael era el más peligroso de todos, sin duda alguna; pertenecía a la raza real y había estado en la corte de Sedecías.

Algunos jefes escucharon gratamente las frases conciliadoras de Godolías. Pero el bandidaje estaba muy extendido. Los edomitas se habían apoderado de una parte del territorio de Judá. Baahí, rey de los amonitas, se entendía con los bandoleros, sobre todo con Ismael. Los jefes dijeron a Godolías que Ismael le quería asesinar, y que debía anticiparse él, asesinando a Ismael. Godolías se negó, y su lealtad fue mal pagada, pues poco después, Ismael fue con diez hombres a Mispa y mató a Godolías, a su acompañamiento judío y a los caldeos que estaban con él. Godolías no había desempeñado su difícil cargo más que dos meses. Con él murió la última esperanza de reconstituir la sociedad judía sobre sus antiguos cimientos.

A partir de entonces llevó Ismael la vida de un facineroso. Se apoderó de lo que contenía Mispa, de las hijas del rey y de cuanto le había confiado Nabuzaradán. Mató del modo más cruel a un grupo de peregrinos

procedentes de Samaria, Siquem y Silo. Ismael se disponía a pasar con el botín a Amón cuando Iohanán y los demás jefes de partidas, irritados de sus crímenes, le sorprendieron cerca de Gabaón. Los cautivos que llevaba se escaparon y se pasaron a Iohanán. Ismael huyó con ocho hombres y consiguió entrar en el país de Amón. Se halló Iohanán cerca de Gabaón al frente de una tropa bastante considerable de gente de guerra, mujeres, niños y eunucos. Jeremías y Baruch estaban con ellos. Dieron un rodeo para no pasar por Jerusalén y acamparon en el khan de Krinham, dirigiéndose a Egipto. El asesinato de Godolías había llenado de terror al país. Se preveían las represalias de los caldeos y Egipto parecía en aquel momento la única comarca de Oriente donde no se oía el estrépito de la guerra y se podía hallar pan.

Al ser consultado Jeremías por Iohanán y los demás jefes militares, dijo, en nombre de Jehová, que no se debía huir a Egipto. Él se comprometía a alcanzar el perdón de los caldeos para los que se quedaran en el país. Iohanán y los jefes recibieron muy mal el oráculo, afectaron desahogar su mal humor con Baruch y persistieron en conducir a Egipto a toda la caravana, llevándose a Jeremías y a Baruch, y llegaron a Dafné, cerca de un brazo del Nilo, en cuyo lugar se establecieron al parecer.

El genio maléfico de Jeremías siguió persiguiendo incluso en este país tranquilo, donde podía haber muerto en paz. Nabucodonosor seguía siendo para él el ministro de Dios, ejecutor de sus voluntades. Apenas llegado a Egipto y asediado por su idea dominante, vaticinó la ruina del país que le daba hospitalidad, en beneficio del exterminador de su patria. Llenábanle de ira los templos magníficos de Egipto, especialmente el de Heliópolis, dedicado al sol, y Jeremías gozaba suponiendo que Nabucodonosor lo arrasaría todo. Estas predicciones no se cumplieron y el reinado de Ouafra fue muy próspero.

La pequeña colonia judía de Dafné tuvo hijuelas en los alrededores, en Migdol, Memfis y el Alto Egipto. Con rapidez se extendió la idolatría entre esta gente dispersa, sin sacerdotes ni pastor. El culto a Astarté atraía mucho a todos los semitas residentes en Egipto, lo cual originó violentas manifestaciones de Jeremías.

La colonia de Dafné no fue dócil a las órdenes del profeta. Pocos partidarios del jehovahismo puro había entre estos emigrados reunidos al acaso.

De tal manera se vio completamente decapitado el judaísmo de Palestina. Jerusalén no era más que un montón de ruinas. La mayoría de los habitantes del campo siguieron en él. Pero estos pueblos perturbados por los cambios de Jonás no tenían ya culto organizado. El jehovahismo había sido trasplantado a Caldea y Mesopotamia. La conciencia israelita había quedado suprimida en Judea pero en Babilonia había decuplicado su intensidad.